



## CAPÍTULO XV.

---

DE CÓMO LA APARICIÓN DE UN GATO  
NEGRO TRAE UN AVISO DE PARTE  
DEL DEMONIO.

**E**N los labios de Salvador se este-  
reotipó esa afectada afabilidad del  
falso amigo.

Chona sintió un vuelco en el corazón,  
como al influjo de un toque eléctrico.

Y Carlos tuvo que hacer saliva para po-  
der emitir la voz.

Todo esto pasó al través del más per-  
fecto disimulo.



—La lista de los convidados asciende á diez y ocho, dijo Carlos tan luego como sus glándulas secretaron la humedad indispensable para que la lengua no hiciera un mal papel entre las fauces.

—Te aseguro, dijo Salvador levantándose de su asiento, que la caravana va á estar respetable. ¿Has contado á mis dos criados entre la servidumbre? Nos serán muy útiles, especialmente Jacinto, que es un cochero magnífico.

—Suponía ya que vendrían contigo.

—¿Ya viste mis atriles? preguntó Chona á su marido así que el vuelco aquel había tenido la amabilidad de permitirle hablar.

—¿Tus atriles? preguntó Carlos, cuyo pensamiento había ido muy lejos en aquellos momentos.

—Sí, mis atriles, mis blandones, mis ciriales, y en fin, toda mi sacristía.

—¿Trajeron hoy todo eso?

—Sí, y dos incensarios y el ornamento. ¡Sí vieras que bien bordada está la pália! ¡es un trabajo primoroso!

—¿Sí? ¿quién la hizo?

—Luisita, ya sabes que ella desempeña admirablemente estos trabajos.

—Bien, dijo Carlos, eso quiere decir que estamos todos listos y que pasado mañana será definitivamente el día de la marcha.

—¿Pasado mañana? preguntó Salvador.

—Decididamente; si no apresuro este viaje, parece que nos quedamos; notarás que llevamos un mes de transferirlo y ya me está dando no sé qué...

—¡Ave María Purísima! dijo Chona, ¿vas á decir que tienes presentimientos?

—Pues es la verdad, este viaje se está dificultando tanto, que....

—¡Vamos, Carlos! ¿de cuando acá eres aprensivo.

—No, nada; sinó que.... ¡quién sabe! hay cosas que parecen brujerías; á pesar de todo yo siento una repugnancia inexplicable al pensar en este viaje, y no soy supersticioso, ya me conoces, pero....

—¿Pero qué?

—He visto un gato negro.



Salvador encontró una ocasión propicia para reírse, abonando su hilaridad por cuenta de su anterior turbación.

En la conciencia de Chona se levantaba un secreto reproche, como un prelude funesto, y más inclinada á las supersticiones que Salvador, sintió también la influencia del presentimiento, acaso porque sabía bien que su marido tenía sobrados motivos para no estar tranquilo.

Salvador seguía riéndose, más aún de lo que aquella idea lo estimulaba; pero la risa, que como hemos dicho otras veces, está tomada en la sociedad como recurso dramático, era necesaria á Salvador.

Al fin, con el temor de hacer inverosímil su hilaridad, Salvador exclamó:

—Pero, vamos á ver, si eso del gato tiene alguna explicación, dánosla, y sabremos en lo sucesivo si también hemos de temblar ante los gatos negros.

—Mira, Salvador, hay algo siempre oscuro delante del hombre: su mañana viene envuelto, como las hojas, en una yema in-

descifable; y cuando ha tenido uno la debilidad ó el candor de fijarse en algunos signos exteriores, por incoherentes que parezcan, experimentamos la misma emoción que con un aviso cierto.

—¿Hablas formalmente?

—Sí, Salvador.

—¿Y lo del gato....

—Lo del gato ha sido siempre para mí un augurio funesto, al grado que no recuerdo haber sufrido alguna vez una desgracia que no haya sido precedida de esa extraña aparición.

—Desde muy niño me indujeron á encarnar al mal espíritu, al diablo, al coco, á lo que tú quieras, en la forma de un gato negro.

—El primer peligro que corrió mi vida de niño, fué una congestión cerebral porque me asustaron con un gato negro; creo que desde entonces se hizo el gato negro el tipo de mi fatalidad; desde entonces se encargó de ser el horóscopo de mis desdichas y..... no sé si será porque he estado pen-



diente de esa circunstancia que parece pueril; pero, lo repito, cada vez que he visto un gato negro, he pensado en que me va á suceder una desgracia y me ha sucedido efectivamente.

—¿Siempre? preguntó Salvador.

—Siempre, sin fallar una sola vez.

—¿Y ahora has visto el gato negro?

—Sí, anoche. Iba yo á acostarme y sobre una columna de escayola que está en un rincón de mi cuarto, ví brillar dos luces verdes, fijé la vista y me pareció que allí había un objeto cualquiera que por la disposición de la luz y de las sombras semejava al parecer la cabeza de un animal feroz.

—Al principio casi me recreaba en contemplar aquello que me parecía una de esas casuales combinaciones que engañan la vista y que uno se complace en no destruir.

—Es cierto, interrumpió Salvador, á veces se proyecta en la pared la silueta de una persona y es producida por un sombrero, y un jarrón y un ramillete, ó por objetos, en fin, que están muy lejos de ser lo que parecen.

—¡Eso es! dijo Carlos, bajo esa impresión contemplaba la forma aquella, cuya inmovilidad sostenía mi ilusión. Yo seguí contemplándola sin acercarme, porque si por una parte tenía curiosidad, por otra no quería satisfacerla sinó por medio del raciocinio y la penetración, como al que le presentan una charada cuya solución está á vuelta de hoja y pudiendo desengañarse, prefiere luchar con la dificultad.

—Pero nada, mis esfuerzos eran inútiles; la cabeza era una cabeza de animal y mi imaginación se esforzaba en recordar los objetos de mi pertenencia que pudieran sobre la columna producir aquella aparición. No era ni un sombrero, ni una piel, creí que era un *manguito* ó tal vez un chaleco negro ó... en fin, mil cosas; hasta que no pudiendo más, me acerqué rápidamente á la columna.

—Entonces el animal, levantándose sobre sus patas traseras, brincó sobre mí, espantado y temiendo una agresión... Confieso á ustedes mi debilidad. Me sobrecogí de pavor, temblé como un niño, debo haberme



puesto pálido, debo haber temblado como un cobarde, porque materialmente oí yo las palpitations de mi corazón que se agitaba violentamente.

—Permanecí aterrado por largo tiempo y enseguida busqué á mi alrededor.

—Era efectivamente un gato negro, que, esponjando la cola, me dirigía su última mirada de rencor y tomaba la puerta como seguro de haber cumplido con su deber de parte del diablo, ó de la fatalidad, ó de no sé quien.

—Me acordé entonces de mis presentimientos y de mis desgracias y... lo confieso, leí con la seguridad de un adivino un augurio fatal, aunque indefinido, pero que resueltamente ha engendrado en mí esta convicción.

—Me va á suceder una desgracia.

Cuando Carlos acabó de hablar, reinó en la sala un profundo silencio.

Chona estaba cabizbaja y del semblante de Salvador había huido toda traza de jovialidad: aquel recogimiento fué para Carlos la sanción más manifiesta del augurio.

Salvador no pudo contestar tan pronto,

que impidiera á Carlos recoger esta corroboración.

—¿Sabes, Carlos, que te desconozco? nunca me habías dicho que fueses supersticioso.

—Ya sabes que es difícil confesar uno sus debilidades; pero hoy arrostrando hasta con tu risa, te hago esta confesión.

—Pues bien, señor visionario, así como tienes signos que en forma de gato te anuncian las desgracias, tendrás contrahechizos y conjuros á propósito; porque quien te dió el veneno, te daría también la triaca ¿ó te hicieron donación del uno sin permitirte el consuelo de la otra?

—Mira, Salvador, si hemos de aceptar de buena fé, ó mejor dicho, á ciegas, la teoría; sin buscar las causas, ni la aplicación ni nada, sigamos á la misma superstición en su ida y vuelta, en su contra y su pró.

—Eso es lo que yo quería decir.

—Pues bien, la conseja dice que la manera de conjurar el mal, es matar el gato.

—La cosa es bien sencilla, contestó Salvador, se perseguirá al bicho por toda la



servidumbre, nos armaremos de todas armas, y si es necesario, se hará en la casa una verdadera partida de caza con su correspondiente trahilla y sus trompas y todo el aparato.

A pesar de que Salvador procuraba por medio de un tono semiburlesco llevar la cuestión al terreno de la frivolidad, reinaba cierto embarazo en aquellos tres personajes que en vano procuraban ocultar; pero Salvador no creyendo conveniente abandonar su tarea, tiró del cordón de la campanilla y algunos momentos después se presentó un criado.

—Benitez, ¿eres tú? dijo Salvador viendo entrar al criado.

—Sí señor; contestó éste.

—Necesito á toda costa que me traigas muerto.....

—¿A quién, señor? preguntó alarmado Benitez.

La sorpresa del criado hizo vagar la primera sonrisa en los labios de Chona y en los de Carlos.

—No hay que alarmarse, óyeme bien; necesito que me traigas muerto un gato negro que se ha aparecido en el cuarto de Carlos.

—¿El gato de señor Santos el portero?

—No sé que Santos sea dueño de ese animal, dijo Chona con cierto enfado.

—Y sobre todo, agregó Carlos, sea de quien fuere, es necesario que ese gato muera hoy, si es preciso á balazos.

Pronunció Carlos estas palabras con tal acento de energía, que el criado no tuvo más que objetar.

—Arma á los cocheros, á Vicente, al lacayo, á todos y hagan una batida en forma, agregó Salvador; porque hoy ha de morir ese animal, sea de quien fuere; ya lo has oído.

—Está bien, dijo el criado y desapareció.

Benitez, tenía cierta enemistad con Santos el portero; circunstancia que le hizo saborear el placer de la venganza con editor responsable, y se dirigió en derechura al cuarto del portero.



—Señor Santos, le dijo á éste, el amo manda hacer una ejecución de justicia.

—¡En quién, hombre! exclamó Santos azorado.

—No, nada; en nadie, en el gato prieto de usted.

—¿Mi gato?

—Sí, señor Santos; me han mandado que hoy mismo mate su gato de usted.

—Pero....

—No hay peros, porque el amo lo manda; yo lo siento mucho, porque sé lo afecto que es usted á los animales, y sobre todo á ese horrible demonio, por más que no haya podido explicarme nunca ese amor; pero ello es que tengo que cumplir con la orden. ¿Me hace usted favor de decirme en dónde está su gato para matárselo?

—¡Esto es una iniquidad!

—¡Matar mi gato! exclamó la entenada de Santos. ¿Y por qué, vamos á ver? ¿qué perjuicio les hace, cuando el pobrecito no se atreve á andar por allá arriba? esos son embustes de usted, señor Benitez, y todo

porque nos tiene usted puesta la puntería, por lo que yo me sé; pero ande usted, que si tal cosa hace con mi pobre gato, he de decir todo lo que pasa; yo estoy segura de que el amo no se ha metido en semejante cosa, pues ni conoce á mi gato ni lo ha visto nunca.

—Se equivoca usted, señora, dijo Benitez gravemente, yo no sé qué cosa gorda habrá ido á hacer el gato, que tanto el amo como el señor D. Salvador están resueltos á que ese animal no pase la noche con vida.

—¿Qué cosa gorda ha de haber hecho mi gato, sinó la que hacen todos los gatos? pero ese no es un motivo para mandarlo matar.... Entonces que nos maten á todos.

—Yo no sé, insistió Benitez encogiéndose de hombros, pero la sentencia está dada. ¿Conque no se encuentra por aquí la víctima?

—¡La víctima! exclamó la entenada de Santos. ¿Y por qué le dice usted la víctima?

—Porque va á morir.



—Esa no es una razón para que usted le llame víctima á mi gato, que ninguna carne le ha comido ni á usted ni á nadie, porque yo lo mantengo con mi trabajo; que para eso lo he criado con puros *montalayos*, porque ni siquiera ratas sabe coger el inocente.

—Todo eso es inútil, y ya es necesario poner manos á la obra.

Ya los demás criados de las caballerizas, los cocheros y el lacayo se habían enterado de aquella extraña disputa, y se habían ido acercando poco á poco al cuarto del portero.

—¡Ea, muchachos! dijo Benitez, armarse de garrotes, y vamos á matar al gato prieto.

—Aquí está mi palo, dijo el lacayo enseñando el mango de un látigo.

—Voy á llevar la queja á la señora, exclamó la entenada del portero, porque ésta no es una orden del amo, que nada tiene que ver con mi gato; sinó que todo ello es una animosidad del señor Benitez.

—Ve, hija, ve; y le dices á la señora que por Dios, en fin, dile que.... dile que el gato

es inocente, y que impediremos que vuelva á subir á las salas.... dile que.... dile que el señor Benitez tiene reconcomia con nosotros, y que ahora se venga, pretendiendo matar nuestro gato, dile que.... dile todo lo que quieras, y no te tardes.

La entenada subió la queja, y como entró primero á la cocina, allí se levantó la segunda oleada entre las cocineras, fregonas y galopinas, y un coro de maritornes se levantó, protestando contra la ejecución, ni más ni menos que si se tratase de una persona.

Pero mientras se levantaban estos rumores, ya los criados andaban por bodegas, cocheras y azoteas buscando al gato de Santos y armados con escobas y trancas.

El lacayo reanimó á los cazadores diciéndoles que el señor D. Salvador daba media onza de oro por el gato muerto.

